

# La Etnografía como Ética de Vida: Reflexiones desde una antropología de la violencia

Por:  
Ramiro Osorio Campuzano<sup>1</sup>  
miroosorio@hotmail.com



<sup>1</sup> Estudiante de último semestre con el trabajo de grado “Experiencias subjetivas entre víctimas y excombatientes paramilitares en San Carlos, Antioquia”, financiado por el Fondo de Apoyo a trabajos de grado del CODI. Miembro del grupo de investigación *Cultura, Violencia y Territorio*-CVT del Instituto de Estudios Regionales INER.

Osorio Campusano, Ramiro, 2012. “La etnografía como ética de vida: reflexiones desde una antropología de la violencia”. Kogoró: Revista de estudiantes de Antropología, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Antropología, No. 4, julio-diciembre, pp. 88-97

## Resumen

Este artículo realiza un breve recorrido por la formación de la antropología de la violencia, haciendo énfasis en los desarrollos locales, la variación de los objetos de investigación, los enfoques teóricos y las metodologías. En un segundo momento, pretendo discutir los dilemas éticos-metodológicos del trabajo etnográfico en el marco de los estudios de violencia y conflicto armado, analizando especialmente, los aspectos del tratamiento del testimonio, la memoria, los límites de la “escucha” etnográfica, la interpretación del dolor y el sufrimiento que rodea el trabajo y la relación del investigador social con sujetos-víctimas. Estas discusiones están apoyadas en una revisión documental y reflexiones producto de una experiencia etnográfica en varios poblados del Oriente antioqueño trastornados brutalmente por la violencia.

## Palabras clave

Antropología de la violencia, etnografía, reflexividad, políticas de representación.

## Abstract

This article takes a brief look at the formation of the anthropology of violence, with an emphasis on local developments, changes in the objects of research, theoretical approaches and methodologies. In a second moment, intend to discuss the ethical and methodological work in the context of ethnographic studies of violence and armed conflict, analyzing particular aspects of treatment of testimony, memory, the limits of the “listening” ethnographic, the interpretation of pain and suffering around work and social researcher relationship with subject-victims. These discussions are supported by a literature review and reflections product ethnographic experience in several villages in eastern Antioquia brutally disrupted by violence.

## 1. La antropología de la violencia en Colombia: entre la teoría y la pragmática

*“la violencia es culturalmente construida, y como sucede con todos los productos culturales, es en esencia, solo un potencial que da forma y contenido a gente específica dentro del contexto de historias particulares” -Carolyn Nordstrom-*

La violencia en Colombia, los conflictos y las guerras civiles han sido una constante histórica determinante en la formación del Estado y la nación colombiana (Bolívar, 2004; Sánchez, 1991). Desde la época republicana, *La Violencia* bipartidista de los años 1950, el destierro, la precaria urbanización y el confinamiento de diversas comunidades, efectos de la violencia han producido infinidad de configuraciones políticas, geográficas y socioculturales. Si bien, la gran mayoría de los análisis sobre el conflicto y la violencia, el desplazamiento forzado, han sido considerados en primacía de la ciencia política, el derecho o la sociología, desde hace algunos años la antropología colombiana comenzó a cuestionarlos desde otras perspectivas. A pesar de su consolidación, a lo largo del siglo XX la antropología colombiana tuvo una edad temprana caracterizada por el indigenismo, la arqueología, los estudios *negros* y etnografías locales sobre problemas

clásicos (magia, religión, parentesco, etc.), es tan solo a principios de los 1990 que surge un creciente interés en las ciencias sociales, y en particular en la antropología, por estudiar algunas dimensiones de la guerra. En principio, fueron tal vez la intensidad de la confrontación armada y la crisis humanitaria que desencadenó, los focos que atrajeron a algunos académicos intentando comprender la tragedia nacional.

Las relaciones que la academia colombiana estableció inicialmente sobre los conceptos de cultura y violencia estuvieron definidas con ambigüedad y determinismo. Los primeros estudios sobre la violencia bipartidista evidenciaron cierta empatía con una “cultura de la violencia” que aludía al supuesto de “los colombianos son violentos por naturaleza” y pudieron domesticar la naturaleza de la violencia a través de la idiosincrasia. En consecuencia, estos estudios tuvieron fatídicos resultados, pues, si bien trataron de explicar los ciclos de violencia en el país, debido a su aletargamiento social, abusaron de la explicación cultural, infringiendo ciertas prácticas culturales violentas propias de algunas regiones campesinas. De ahí que estos primeros acercamientos pudieron debatir la naturalización de la violencia<sup>2</sup>, como un continuo malestar social y político que influye faltamente en la cultura de la sociedad colombiana.

Hasta ahora, las explicaciones sobre la violencia y la cultura han sido siempre inacabadas, pues al ser fenómenos cambiantes, por ende, la manera de nombrarlos ha ido cambiando simultáneamente. Aún así, algunos autores planteando una fenomenología de la violencia, pudiendo rebasar las explicaciones que se agotaron en lo político y el determinismo cultural, evidenciaron que las dimensiones culturales y sociales se entrecruzan en medio de la violencia, y van más allá de explicarla, al modo de una *cultura violenta*, como condiciones meramente existenciales y patológicas.

Así, desde el marco “cultural” se agregó elementos para comprender la violencia. Sin duda, es la cultura como concepto y catalizador lo que constituye el “telón de trasfondo” del entramado de situaciones sociales, políticas y económicas que de diversas formas expresan la violencia. De hecho, si este país en muchas circunstancias se explica por la violencia, ¿podría entonces la cultura, en parte, explicar la violencia? Al mismo tiempo, que la violencia ha representado distintas fracturas para el país, en las ciencias sociales ha generado puntos de quiebre y debates sobre la epistemología, la metodología, la ética, la responsabilidad frente a su complejidad y aparente inalterabilidad.

En este sentido, frente a estos dilemas y siguiendo a varios autores, la antropología de la violencia ha tenido el reto por (des)naturalizar los acontecimientos que entre la cotidianidad y la normalidad, sumergen la violencia en la sociedad (Catela, 2011; Castillejo, 2000; Nordstrom, 1995, Theidon, 2004). Entre sus cometidos, ha sido comprender los discursos e imaginarios sedimentados desde situaciones límites, cuestionando la *normalidad* de la *subnormalidad*, preguntando por lo invisible, lo subterráneo, lo indeseable, lo que se rechaza discursivamente de la violencia, y muchas veces se delata en las prácticas sociales. Por tanto, al interesarse por comprender los orígenes, causas y transformaciones de la violencia imbricada en la cultura, una justificación de partida es que:

Si la antropología se dedica a estudiar los mecanismos mediante los cuales los seres humanos configuran sentidos sobre el mundo, una *antropología de la violencia* tendría que concentrarse en los mecanismos mediante los

---

<sup>2</sup> Además de la naturalización de la violencia, ante su continuidad y desgaste, algunos autores hablan de su “rutinización” y “banalización”. Véase los trabajos de Sánchez, 1991; Blair, 2005.

cuales, ante el advenimiento de la violencia en la vida cotidiana, diferentes grupos sociales y comunidades buscan conferir sentido sobre el mundo; buscar hacer inteligible lo que de otra forma podría parecer ininteligible. (Castillejo, 2009:299).

Una antropología de la violencia, entonces, intenta dirigir la mirada en la búsqueda de los márgenes de sentidos, yendo más allá de lo meramente visible, evidenciando en lo prosaico de la violencia, sus connotaciones simbólicas, los significados, sentidos y percepciones. Es así que, desentrañar los sentidos y las razones que tiene la gente respecto a la experiencia violenta, obliga a enmarcar los hechos en un contexto sociocultural, pues de allí dependen los procesos subjetivos en respuesta a la violencia, que son evidentes en las formas a través de las cuales la gente (se) explica la masacre, el desplazamiento, las pérdidas y el dolor engendrados en sus cuerpos.

Entrados los años 1990, la investigación social sobre la violencia intentó subvertir el tratamiento institucional representado en cifras, conteos, sondeos y estadísticas con las cuales se pretendía dar explicación a los efectos, variables, actores y consecuencias del fenómeno. Pero, ante la propuesta de una *antropología de la violencia* como análisis del lastre de conflictos en el país, fueron necesarios y urgentes replanteamientos no solo conceptuales, sino también, cuestiones metodológicas, éticas y políticas que llevaron a una naciente corriente a cuestionar categorías clásicas. Estas realidades adversas, de manera insospechada, terminaron rebasando los avances epistemológicos de la disciplina.

Frente a esto, varios autores han propuesto reconfigurar nuestra arquitectura conceptual en donde es preciso (des) ontologizar conceptos a veces tan vagos, abstractos y vastos como *cultura, territorio e identidad* (Castillejo, 2000, 2009; Riaño, 2006; Theidon, 2004). Sus intentos, han sido ir más allá de enfoques esencialistas y claramente deterministas, con que algunos sectores sociales y políticos simplifican estigmáticamente la situación del país, desde imaginarios tales como “cultura de la violencia”, territorios de violencia o comunidades violentas. Del mismo modo, y agregando un nivel más de complejidad, han rebatido preguntas tan enigmáticas como, ¿somos los colombianos, con toda y su diversidad, violentos por naturaleza o propensos culturalmente a la agresión?, ¿un indígena, afro o campesino “pierde” su identidad, quedando vacío tras desplazarse de su territorio?, que invitan a reflexionar sobre la violencia histórica en la consolidación del Estado, la idiosincrasia regional y nacional, y en general, a disponer la mirada en los marcos culturales en los cuales se haya inscrita la violencia y el conflicto, que conociéndolos a fondo, permitirían reformularse ideas descontextualizadas que, de alguna forma no han más que alimentado el conflicto y agudizado sus perspectivas.

La caja de herramientas conceptuales del antropólogo (*identidad, territorio, cultura*) son sin duda, además de referentes para análisis, los marcos donde acontece una cotidianidad socialmente construida. Sin embargo, ante el devenir de la violencia, en el fragor de la guerra, entre los apuros y horrores al asecho, para los sobrevivientes sus marcos culturales y acervos territoriales se activan como prácticas estratégicas de *reinención identitaria*. Y aquí, precisamente, la cultura, identidad y territorio sufren una triple mimesis que, de un lado, permiten la supervivencia social y política de quienes sufren la violencia, y de otro, interpelan a la antropología a operar con menos esencialismo y reduccionismo los marcos que urge la guerra.

En efecto, en los primeros estudios de desplazamiento forzado en Colombia que

mostraron el desarraigo de comunidades indígenas, afros y campesinas, se cuestionó las concepciones del territorio, cultura e identidad, que hasta el momento, habiéndose entendido como entes inamovibles, eran ya nulas e inoperantes en la materia. Lo que en principio se explicó como la “pérdida” de identidad o cultura en medio de la guerra, y que disciplinariamente preocupó tanto, hoy dentro del consenso, además de las evidencias reales, proponen reevaluar conceptos, toda vez que sea necesario, ante episodios traumáticos que obligan a los sujetos –muchas veces inconscientemente–, asumir otras identidades para vivir otras realidades.

En este sentido, las perspectivas en el campo de la antropología de la violencia, a lo largo de más de una década de producción académica, dentro y fuera del país, han permitido construir conceptual y metodológicamente líneas de investigación como las *reconfiguraciones*, *apropiaciones*, *adaptaciones socioculturales* en y por la violencia (Espinosa, 2007), las *prácticas políticas y de resistencia* de comunidades que defienden sus territorios del control armado (Theidon, 2004, Das & Poole, 2008), *las márgenes del Estado* que comprende la construcción local del Estado y las soberanías en disputa por los actores armados (Bolívar, 2004). Igualmente, han sido relevantes los *imaginarios*, *las representaciones y concepciones* que desde el ámbito social y cultural se han asociado a las víctimas, los desplazados y los victimarios como actores armados (Castillejo, 2009; Riaño, 2004; Uribe, 2004). Recientemente, un nivel de interés que toma elementos de la filosofía, la psicología, el psicoanálisis, entre otras, lo constituyen los estudios de *corte subjetivo* de la violencia que surgen a raíz de la(s) subjetividad(es) tras la experiencia violenta, preguntándose por el *sufrimiento social*, *el dolor y el duelo*, *las temporalidades y espacialidades de la guerra*, las disputas sociales entre la memoria y el olvido, y el valor político del testimonio (Ortega, 2008; Catela, 2011).

Como resultado, éstas perspectivas han *reforzado* el análisis de las identidades y las *tramas culturales* de la violencia, consolidando lo que algunos de éstos autores han llamado una *antropología de la violencia*, que dé cuenta de la “otredad” producida en la guerra, cómo se ha construido “el enemigo”, el “otro desplazado” y la “otra víctima”. En los límites de la violencia, donde se trastocan las identidades y los rostros culturales sobre los cuales sujetos dotan de sentido su mundo se hayan, particularmente los procesos de alteridad y ficción<sup>3</sup>. Finalmente, a través de las producciones de conocimiento la antropología de la violencia ha diversificado sus objetos de investigación y las miradas sobre los mismos, siendo en principio, el desplazamiento un campo de estudio, luego, los actores armados, la *geografía del conflicto*, el terror, y por último, las inmaterialidades de la violencia y sus secuelas subjetivas en las víctimas, la memoria, el sufrimiento social y el duelo.

## 2. La violencia: con-texto, realidad y situación etnográfica

El espectro amplio que ha dejado la violencia y sus efectos en este país nos permiten a los interesados y perturbados por comprenderla, tener múltiples localidades de la *geografía de la guerra* donde hacer etnografía. Si bien, no hace falta viajar a regiones remotas para conocer rostros de desplazamiento, masacres y terror, el difícil acceso al terreno de investigación, *más allá de lo geográfico*, implica negociación de temáticas, de lo que se habla, lo que se pregunta, lo que es permitido relatar, y en parte, sus resultados

---

3 Las ficciones, como imaginarios y relatos, son expresiones que a veces producen estereotipos marginales sobre comunidades y regiones, poniéndolas entre bandos y responsabilizándolas de su tragedia. Quizás, es necesaria la ficción desde la que el etnógrafo a través de las metáforas, puede dar cuenta de una realidad, y es por ello, que su labor implica (de) construir los sentidos (Castillejo, 2000 Uribe, 2004, Theidon, 2004).



dependen de la imaginativa teórica y metodológica a la que acude al investigador para hacerse en terreno.

Como planteamos nuestras preguntas tiene mucho que ver con las respuestas que recibimos (Theidon, 2004:37), y al ser la violencia o el conflicto temáticas investigativas de alta sensibilidad y riesgos, exigen no divorciar la ética de la metodología. La subjetividad en el campo etnográfico, las preguntas que se devuelven o no se responden, transforman los propósitos y exigen reformular preguntas que solo parten de un ejercicio sensato de reflexividad etnográfica, haciendo del trabajo de campo una constante contextualización. Así, muchas veces la dinámica investigativa de las ciencias sociales, y en particular de la etnografía como metodología distintiva en la antropología, nos pone en una serie de transacciones entre ir y venir, que no alcanzamos sino a reflexionar cuando ya todo está hecho y el trabajo de campo que creemos eterno se nos cierra para siempre.

En los estudios de corte subjetivo de la violencia, la etnografía ha demostrado amplias potencialidades en la búsqueda de significados con que sujetos y comunidades moldean su mundo y dan sentido a una experiencia violenta. En este sentido, la etnografía implica tanto una serie de métodos (observación, entrevistas, diarios de campo), como la creación de una “situación de campo” particular en la que el investigador está inmerso tejiendo la trama cotidiana de la gente. Igualmente, pensar una investigación desde la etnografía de la violencia, es más que una mera “extracción” de dolores, traumas, o lo que algunos autores consideran “una pornografía del horror” (Theidon, 2006; Castillejo, 2009). Al contrario, es un ejercicio de construcción de conocimiento que implica una ética de colaboración, donde las reflexiones en lo posible no se aíslan de los contextos de enunciación, dando alta importancia a quien testimonia su experiencia violenta.

Sin duda, desde una perspectiva antropológica, la intención básica e instintiva de toda investigación, sobre todo en el terreno de la violencia, desafía al etnógrafo no solo salir al encuentro de “Otros”, pues en medio de ese re-conocimiento, también lo constriñe a ponerse en los zapatos, intentando simular y re-editar la experiencia de otros. La etnografía como una experiencia en marcos éticos, y la antropología como sustento filosófico, son razones que reafirman la expresión de “la etnografía es lo más cercano a la vida” (Guber, 2001).

Si bien, es cierto que toma mucho tiempo adentrarse en las vidas de la gente, en parte, tras vencer el temor y la desconfianza muchas veces la lógica en campo es “cuéntame, a ver que te cuento”. Compartir y hablar con personas en contextos de violencia que desde el pasado a hoy siguen siendo estigmáticos por el exceso de horror que presenciaron, es una tarea compleja en la que más allá de parecer visitantes, con inquietudes y miradas, vamos delatando nuestras intenciones. Y es ésta la tensión y contracción que va ampliando y reduciendo el radio de acción de un investigador.

Son muchas las cosas que están en juego para la gente en la guerra: la pobreza, el dolor, la intimidad, el anonimato y el miedo, e implican una serie de dilemas éticos que se le presentan al investigador, y que, en el ámbito de la vida cotidiana, cuestionan y moldean sus preguntas. Más aún, cuando la violencia tocó fondos y la barbarie dejó destrozada a la gente en medio del sinsentido, el etnógrafo debe abrirse a las sospechas.

A veces, olvidamos que las personas, además de quedar aturridas por la violencia, quedaron atónitas viviendo entre la injusticia, la impunidad, la falta de razones y respuestas al por qué y cómo de lo sucedido.

Sin muchos detalles, la gente abiertamente se permite hablar de “la violencia” que sufrieron del accionar de uno u otro actor armado, pero, son evidentes vacíos narrativos, silencios y desvíos de inquietudes que se traducen en preguntas difíciles para el etnógrafo<sup>4</sup>. También, es a raíz de las sospechas sobre el investigador que causan variaciones u omisiones, las historias sufren modificaciones estratégicas, a propósito del “conocimiento venenoso” (Ortega, 2008), que circula bajo las memorias en disputa, las responsabilidad de unos y otros en lo sucedido, comprometiendo la legitimidad y hasta la seguridad de los miembros de una comunidad. En esta situación, el acceso a los testimonios solo es posible a través de acuerdos implícitos con la gente y conversaciones informales mientras se cohabita su cotidianidad.

Adentrarse en su vida cotidiana, es comenzar a conocer y hacerse re-conocer por “otros”, muchas veces en lugares físicamente devastados, socialmente traumatizados, con silencios, ecos de balas, huellas de huidas, desarraigos y profundas desconfianzas entre sí. Permitirse cohabitar la cotidianidad, habilitar una escucha “ética responsable” (Ortega, 2008; Castillejo:2009), es una de las intervenciones más concretas del etnógrafo para *estar allí* con la gente. A pesar de que nuestro trabajo sea de *permanencia*, que de una u otra manera, siempre es temporal, la situación etnográfica se convierte en un “presente eterno” y sincrónico en el que estamos adentro construyendo conocimiento con “Otros”, afuera del campo sobre “Otros”, y a la vez, sobre nosotros mismos. De hecho, lo que permite darle un sentido, y si acaso, una finalidad a nuestra “permanencia etnográfica”, más allá del juego de herramientas y métodos, son las formas de reconocimiento mutuo, que dejan de ser hipótesis, convirtiéndose en experiencias.

Después del campo, el registro emocional y afectivo de la actividad etnográfica va formando *cajas negras* que trae uno consigo, y que lejos de *allí*, se convierten en el matiz y el color de nuestras interpretaciones e inclinaciones políticas. Como bien señala Guber (2001), “no existe conocimiento que no esté modelado por el investigador; así, el etnógrafo es el primer dato y el primer instrumento de análisis”. No obstante, asumir el supuesto que la antropología ofrece una mirada intimista y contextual de la realidad social, nos obliga a trastabillar diariamente entre ilusiones, promesas, objetivos y frustraciones. ¿Qué tanto podemos ofrecer para transformaciones concretas?, ¿hacia dónde posamos nuestra mirada?, ¿por qué y para quién nos esforzamos en comprender?, ¿qué pasa cuando se acaban las preguntas y no vemos más allá de lo ya acontecido? Es a propósito, todo reto descubrir un universo creativo implícito en el campo etnográfico, pues,

Los académicos cuyo trabajo ha estado profundamente relacionado con formaciones sociales específicas, con su cotidianidad, parecen obviar aquel momento seminal durante el trabajo de campo cuando una sensación de incertidumbre y ansiedad inherente al encuentro etnográfico, engendró un puñado de tímidas pero fértiles reflexiones sobre la naturaleza del trabajo del antropólogo. En la medida en que las contingencias de los encuentros superficiales se transforman en familiaridad con las tribulaciones con la

---

<sup>4</sup> Tan solo cuando se apaga la grabadora, lo que los periodistas llaman “off the record”, inspira un clima de seguridad, y que en particular, permite abrir testimonios y narrativas que se ocultan.

gente de ese universo social específico, el paso del tiempo tristemente parece desencadenar un proceso implacable y desconcertante de desaparición: de los recuerdos, cuando el antropólogo, en su inmensa precariedad, se siente aun como extraño, y experimenta el mundo como una sorpresa. Rara vez tenemos acceso a este universo de la creatividad humana” (Castillejo, 2000)

De algún modo, el trabajo etnográfico es un camino “solitario” que intenta más que buscar un “explicación”, hacer comprensible lo ininteligible en medio de la cercanía y circunstancias del otro. Es por esto que, así pretendamos acompañarnos de una “ética colaborativa”, a veces antes las vicisitudes del campo se restringe, y la *reflexividad* como consciencia y sensibilidad etnográfica, es tal vez el último recurso desde donde mediamos y justificamos nuestra relación con el lugar y su gente. Una etnografía, no solo en el terreno de la violencia, por las coyunturas del campo, sufre procesos de recambios, giros metodológicos y conceptuales al que debemos responder. En ciertos momentos cuando las preguntas empiezan a forzarse, es necesario dejar de mirar hacia un lado señalado y encaminarse con paciencia hacia otra orilla de la percepción. Verse obligado a girar los objetivos del trabajo, modificar y anular algunos conceptos, variables y sobre todo, replantear las hipótesis con las cuales armamos nuestras “escenas” para comprender una parte de la realidad, son puntos de quiebre, crisis e incertidumbre. Si tras el campo nuestras perspectivas cambian drásticamente, girar algunos de nuestros objetivos, podría acomodarnos la mirada que exige el contexto y la experiencia etnográfica. Encontrarle sentido a las historias y voces por medio de la articulación de los registros a la luz de conceptos, es la autenticidad que refleja que “la etnografía no es un cúmulo de datos, sino una experiencia que el antropólogo organiza, sistematiza e interpreta” (Guber, 2001). Lo que da trascendencia a la etnografía es, entonces, la interlocución teórica que se inspira en los datos etnográficos.

Como bien señala Clifford Geertz en *El antropólogo como autor* (1997), la incapacidad de respondernos que somos y hacemos, a pesar que se nos sumerja en permanente confusión, constituye una capacidad y siempre una alternativa para explorar y movernos entre puntos de más cuestionamientos que razonamientos. Si bien, hay contextos que no hablan de lo que se les pregunta, puede que tal vez, el defecto o “vacío de información”, se deba más bien al no saber preguntar o interpretar más agudamente el contexto, con todo y los códigos particulares que rigen la vida cotidiana de su gente. Y esto, remite precisamente, a que “cuanto más sepamos que no conocemos, más dispuestos estaremos a conocer” (Guber, 2001:14). Así, la etnografía y su texto como representación, son una expiación de la propia subjetividad del etnógrafo.

### **3. Conclusiones abiertas, “traer la guerra a las puertas de la casa”**

Desde mediados de los años 1990, la antropología de la violencia en Colombia ha sabido disponer su mirada en medio del frenético contexto nacional truncado por varias formas de violencia. Aún hoy a la par de los avances analíticos y ante el devenir de un tan esperado “posconflicto”, siguen existiendo potenciales y retos disciplinarios en relación a los aspectos socioculturales tan determinantes pero ignorados sobre la violencia, implícitos en dispositivos como la memoria, problemáticas actuales como la justicia y verdad de las víctimas, la penalización de los victimarios, y las soluciones e intentos de solución final que aún se fraguan en medio de la guerra. Para la disciplina, las posibilidades de teorización y trabajo de campo aplicado, han sido en diversos momentos más fecundas unas que otras. En medio de la violencia en la vida cotidiana o del pasado, que el etnógrafo se ve abocado a contextualizar permanentemente los



trazos culturales y territoriales evocando los testimonios y lugares arrasados por la realidad violenta. Un reto, y también una perspectiva, es que asumiendo la violencia como un texto social de investigación -como lo hiciera Geertz con la cultura como “texto” interpretativo-, debería suponernos “traer la guerra a las puertas de la casa”, con lo cual, cambiaríamos sensiblemente nuestro(s) discurso(s) académicos sobre el degradado conflicto y la desgastada violencia del país.

Por su lado, las etnografías se han convertido en conversaciones continuadas, “entretejidos de versiones” que llama Castillejo (2000:152), y que el etnógrafo teje entre personas, lugares, archivos, documentos, el *aquí y allá*. Esta perspectiva, aunque siga siendo un “ideal”, aún representa una oportunidad para revelar otras miradas y siendo lo más responsable, frente a temas como la violencia que a través del tiempo se tornaron genéricos y banales en la sociedad. A la par de las transformaciones del conflicto, la reconfiguración de actores y territorios, simultáneamente, la antropología no tiene más camino que estar re-conceptualizándose y redefiniendo creativamente sus metodologías y líneas de acción, pues, es precisamente el reto de localizar y circular testimonios y ofrecer miradas de contexto etnográfico que posibiliten una comprensión y un análisis antropológico de la realidad nacional.

Finalmente, ante el estudio de las expresiones culturales de la atribulada violencia, se cuestionan las políticas de representación en la escritura etnográfica, y la reflexividad etnográfica que urge en contextos signados por la devastación, pues, aún cuando estudiar la violencia, no nos inhibe del pudor, la frustración y la impotencia, con todo y la sofisticación de nuestras metodologías, según Castillejo (2009), podemos terminar tanto iluminando como oscureciendo esos “otros” rostros invisibles de la guerra.

## REFERENCIAS

Geertz, Clifford. (1997). El antropólogo como autor. Madrid: Paidós Editorial. Pp.168.

Guber, Rosana. (2001). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Bogotá: Editorial Norma.

Castillejo, Alejandro. (2009). Los archivos del dolor: ensayos sobre la violencia y el recuerdo en Sudáfrica contemporánea. Bogotá: Universidad de los Andes, Centro de Estudios Socioculturales, 430 p.

\_\_\_\_\_. (2000). Poética de lo Otro: hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia. Bogotá: ICANH, Colciencias. Pp. 430.

Ortega, Francisco A. [Comp.] (2008). Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia.

Nordstrom, Carolyn & Robben, Antonius Comp. (1995). Fieldwork under fire. Contemporary studies of Violence and Culture. Berkeley: University of California Press.

- Theidon, Kimberly. (2004). Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de reconciliación en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Riaño, Pilar. (2006). Jóvenes, memoria y violencia en Medellín: una antropología del recuerdo y el olvido. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. ICANH.
- Das, Veena & Poole, Deborah. (2008). El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. En Cuadernos de Antropología Social No. 27 Buenos Aires: UBA. Pp. 19-52.
- Jimeno, Myriam. (2007). "Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia". En Antípoda No. 5 julio-diciembre. Bogotá: Universidad de los Andes. pp. 169-190.
- Catela, Ludmila da Silva. (2011). Pasados en conflicto. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas. En Revista Debates. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Sánchez, Gonzalo. (1991). Guerra y política en la sociedad colombiana, Bogotá, El Áncora.
- Espinosa, Nicolás. (2007). "Política de vida y muerte. Apuntes para una gramática del sufrimiento de la guerra en la Sierra de La Macarena". En AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 2, núm. 1, enero-abril. Madrid. pp. 43-66.
- Bolívar, Ingrid & Flórez, Alberto. (2004). "La investigación sobre la violencia: categorías, preguntas y tipos de conocimiento". Revista de Estudios Sociales núm. 17. Bogotá. pp. 32-41.
- Blair, Elsa. (2005). Muertes violentas: la teatralización del exceso. Medellín: Serie Antropología Editorial Universidad de Antioquia. Pp.228.
- Uribe Alarcón, María Victoria. (2004). Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia. Editorial Norma. Bogotá. Pp. 154.